

V
922
P

Bx4705

96

H6

BREVE NOTICIA

DE LOS ULTIMOS DIAS.

FUNERAL Y EXEQUIAS

del

ILLMO. SR.

D. JUAN CAYETANO GÓMEZ DE PORTUGAL.

Desde que ESTE ILUSTRE PRELADO se presentó en las puertas de Morelia para comenzar á regir esta vasta Diócesis, que la Providencia divina se habia dignado poner bajo su cuidado pastoral, un sentimiento se apoderó dulcemente de todos los que presenciamos aquel acto solemne, el de que la grei tendria pastor para mui largo tiempo: ¡tal era el aspecto de vigor y robustez con que se presentaba en su Iglesia el nuevo Pontífice! Nació de aquí aquel firmísimo apego de todos los fieles á la vida de su pastor, y una cierta confianza que parecia resistir á las ideas fúnebres de

2

002948



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

la muerte. Hai hombres que parece no deberian morir jamas, y cuya pérdida está colocada para los pueblos en la misteriosa categoría de las expiaciones y de los mas costosos sacrificios. De este número fué el varon insigne de gloriosa y respetable memoria, que llora hoi la Santa Iglesia de Michoacan.

Despues de diez y nueve años de un episcopado laborioso, en que todo contribuyó á acrisolar las virtudes del ILLMO. SR. PORTUGAL, en que este pastor habia perdido poco á poco sus fuerzas entre las tribulaciones de la vida social y el incesante afan de sus tareas apostólicas, en que una enfermedad crudelísima nos estuvo alarmando á todos con ciertos periodos de suma gravedad, la salud del Venerable Prelado tocó á los términos de una verdadera crisis, en que el concepto de cuantos le veian y sus mismos presentimientos, que se anticipaban á la opinion de los facultativos, denunciaban una próxima y casi ya inevitable muerte. Fué pues llegado el caso de consagrarle aquellos graves cuidados que en estos lances prescribe la religion, tanto mas urgentes quanto es mas rápido el progreso del mal, y mas delicada la conciencia del paciente.

Por un efecto de la bondad divina EL ILLMO. SR. PORTUGAL sostuvo constantemente una duda que honrará siempre su cara y venerable memoria; porque no se sabia si los grandes bienes que de continuo derramaba en su Diócesis, ya por el zelo y vigilancia con que á todo atendia, ya por la tierna solicitud con que acudia en sus penas á la humanidad atribulada con una liberalidad mui digna del episcopado católico, ya con las útiles reformas que sin cesar hacia en todos los establecimientos de enseñanza y educacion, se debian referir mas bien á las eminentes dotes naturales de su alma, ó á las incomparables y siempre

sostenidas virtudes de su corazon. Pero se sabe mui bien, que estos recursos consoladores de la santa Iglesia son mas solicitados á medida que las almas han hecho mayores progresos en la perfeccion, y se comprenderá por lo mismo fácilmente aquella incesante solicitud con que el ILLMO. PRELADO pedia los remedios y las santas provisiones del alma en los momentos en que ya no podia esperar, ni esperaba sino por obediencia, en el éxito de los recursos empleados para que recobrara la salud, ó prolongar siquiera el término de su preciosa vida.

Obediente pues, ménos á los instintos de su propia conservacion que á las santas inspiraciones de su piedad, desde la mañana del dia 23 de Marzo de 1850 en que se sintió ya notablemente decaido de sus fuerzas y con síntomas de gravedad mui alarmantes, dispuso que en aquella misma mañana, previa consulta del facultativo, para que se guardase el debido respeto al Santísimo Sacramento, y no se incomodasen por solo el deseo de S. S. Illma. ningunas personas, se le administrara el sagrado Viático.

De acuerdo con el Médico se resolvió lo mismo que el Illmo. Sr. Obispo deseaba, dándose al efecto el correspondiente aviso al Sr. Dean de esta Santa Iglesia para que dispusiese lo conveniente al propósito. En consecuencia S. S. sin demora citó á Cabildo extraordinario, quien se reunió inmediatamente ántes de la hora de sexta, acordando todo lo conducente, á fin de que el acto sagrado se verificase á las once del dia. Nombráronse al efecto dos padres capellanes de coro, para que convidasen á las autoridades, prelados y corporaciones; se distribuyeron convites á los particulares, y por último, el Sr. Chantre en lo relativo á la capilla, el Sr. Tesorero en lo que pertenece al servicio y preparacion de todo lo necesario en

la Iglesia, y el Sr. Provisor en lo de su resorte, dictaron las providencias conducentes.

Entretanto el Palacio Episcopal se preparó con la mayor decencia, entapizándose desde la puerta de la calle hasta la cama de S. S. Illma. todo el tránsito que habia de hacer su Divina Magestad, y se adornaron las calles por donde habia de pasar la procesion.

A las diez y media de la mañana se hizo seña en la Catedral, dándose quince golpes con la campana mayor, terminados con un repique á vuelo, y se repitió lo mismo á los tres cuartos, y poco ántes de las once, todo á fin de dar á este acto respetable y divino toda la pompa que demandaban al mismo tiempo la alta dignidad del paciente, la magestad de la religion y la edificacion del pueblo.

El viático de un Obispo ha sido siempre uno de los actos mas solemnes y augustos de la religion: su pompa en los paises católicos, y mui principalmente en la nacion mejicana, siempre ha tocado á la mas alta magnificencia, y es de suponerse que cuanto de mas respetable y de mas ilustre presentaba esta Capital así en el estado civil como en el religioso, concurrió á dar á esta ceremonia sagrada un esplendor y una grandeza de primer orden. Todo parecia dispuesto con mucha anticipacion, y el esmero y cultura que siempre ha distinguido á los morelianos para celebrar las grandes solemnidades de la Iglesia, parecian entónces haberse excedido á sí mismos. Salió la procesion de la Catedral á las once de la mañana, formando en ella contraste el profundo recogimiento de todo el religioso concurso con los repiques á vuelo y los conciertos sagrados que anunciaban el tránsito del Dios vivo. Los cuerpos respetables de la Iglesia, las personas

mas caracterizadas del Estado, todo lo mas distinguido de este vecindario, incorporado bajo las masas del M. I. Ayuntamiento, los colegios Seminario, San Nicolas de Hidalgo y el de Infantes, constituian el fondo de la augusta comitiva: al cabo de ella se dejaba ver la primera Dignidad del Coro de esta Santa Iglesia, el Sr. Dean Doctor D. Joaquin Mariano Moreno, portando en sus manos la sagrada Eucaristía. Inmediatamente detras del palio, venia la magnífica estufa de primera clase, que entónces se estrenó, y por último, un concursó inmenso de pueblo cercaba por todas partes á la procesion.

Todo el tiempo que duró esta en la calle se repicaba en los templos de la ciudad, y á estos repiques sucedió la plegaria de costumbre en la Catedral cuando el Santísimo entró á las puertas de Palacio. Edificante á la par que tierno, doloroso y al mismo tiempo respetable fué para todos aquel acto sagrado. Pero lo que hai de característico, lo que debe referirse aquí es el movimiento de los afectos hácia la persona del Illmo. Sr. Portugal. Era singular por cierto la consternacion, la inquietud, la alarma, la impaciente agitacion que se manifestaba en los habitantes de esta noble ciudad, sobre todo en aquellos á quienes una caridad constante habia estrechado mas íntimamente con un pastor tan liberal, tan humano y tan benéfico. ¡Ah! la familia inmensa de Jesucristo, las viudas, los huérfanos, los ancianos inútiles y achacosos, los miserables á quienes falta el pan, el infortunio en sus tristes ramificaciones, la doliente humanidad, los desgraciados en fin, al anunciarse con toda la magestad del cristianismo la visita de Jesucristo al Pontífice de esta Santa Iglesia, cual si hubiesen escuchado los últimos adioses pronunciados á sus esperanzas, vieron aparecer una verdadera crisis, que ponía en

riesgo el único elemento de subsistencia con que contaban, á la par que mui profundamente conmovia su ternura filial inspirada por reconocimiento.

Entretanto, se aproximaba la hora en que el Señor, penetrando en el modesto albergue de nuestro Prelado, iba á impartirle con el alimento precioso de su cuerpo la sagrada vianda que robustece al hombre para atravesar sin peligro la misteriosa ruta de la eternidad. El Illmo. Sr. Obispo se habia hecho admirar de continuo por su grandeza de alma, y atraia irresistiblemente las respetuosas miradas hácia su persona, revestida siempre de la expresion augusta de la fe; mas en aquel acto, cuando en una protesta santa iba, digámoslo así, á recapitular sus recuerdos, sus sentimientos y su creencia, en aquel acto en que el hombre dice una palabra, mas una palabra profunda y altamente significativa, á Dios, á su prójimo y á sí mismo, para disponerse al juicio en que han de ser pesadas todas sus acciones en la balanza de la eternidad, en ese acto, repetimos, el Pontífice de esta Iglesia se mostró mas grande que nunca. Manifestábanse en el reposado y digno continente de su persona el silencio de los enemigos del alma, la presencia de Dios y la paz de una conciencia pura. Bien conocimos los concurrentes, que en aquel instante supremo la religion poseia exclusivamente todo su ser. Mostrábase en su fisonomía, tierna y gravemente animada, el Pontífice y el Pastor en inmediato contacto con Dios y con su grei: él mismo leyó la protesta de la fe, como si quisiese dirigir la última alocucion á su pueblo, anunciando una partida, como Jesucristo en el cenáculo, en la cual debiamos ver nosotros, como los apóstoles entónces, ménos un despedimento que un anuncio, ménos un último adios, que una cita para el cielo.

Concluido el sagrado Viático, tuvo lugar en Palacio una escena de ternura, de amor y edificacion, que arrancó lágrimas á todos: aquel Prelado en cuya grande alma se manifestaba constantemente una alta discrecion, aquel Pontífice que hasta entónces no habia querido pensar en otra cosa que en sus relaciones inmediatas con Dios; cuando ya le tenia en su pecho, cuando habia pasado la santa reciprocidad de las gracias que recibia y que tributaba, cual si bajara sus ojos del cielo para volver una última mirada sobre la tierra, se hizo rodear de su numerosa familia, y con aquella tierna y santa gravedad que le era tan propia, la dió su paternal bendicion en medio de las exhortaciones mas respetables, para que permaneciesen todos en el santo temor de Dios.

Concluida en Catedral la funcion, se reunió de nuevo el V. Cabildo para el nombramiento de comisarios y otros dos sacerdotes que estuviesen prontos en la debida asistencia al Illmo. Prelado, recayendo la eleccion para lo primero en los Señores Canónigo Lic. D. Pelagio A. de Lavastida Promotor Fiscal y Juez de Testamentos, Capellanías y Obras pias, y Prebendado Lic. D. José María Arízaga Secretario de Cámara y Gobierno de S. S. Illma., y para lo segundo en los Presbíteros D. Mariano Amescua primer Maestro de ceremonias de esta Santa Iglesia, y D. Mariano Escandon Capellan de Coro.

Ya desde el dia 18 del propio mes, en que se presentó la enfermedad del Illmo. Prelado con síntomas mui alarmantes, los Señores Gobernadores de la Diócesis habian mandado espedir una circular, que salió en el mismo dia, á todas las parroquias del Obispado, participando la gravedad en que se hallaba el Prelado, y disponiendo que á la posible brevedad se celebrase en cada parroquia una

Misa de rogacion, cantada ó rezada, segun se pudiese, por la interesantísima salud de S. S. Illma.; que á las doce y á las oraciones se tocase plegaria en todas las Iglesias, y que despues de la oracion que se estaba dando en las Misas *pro Papa* cuando la fiesta no era de primera ó segunda clase, se añadiese la de la Misa *pro infirmis* por S. S. Illma., usada en singular. No fué por lo mismo necesario dictar otra providencia despues del sagrado Viático, dirigida á interesar la piedad y gratitud de los fieles, para que esforzasen sus súplicas al Todopoderoso en favor de una vida tan preciosa para la Iglesia, para la República y especialmente para la Diócesis. Las comunidades religiosas de ambos sexos, los eclesiásticos, los seculares y hasta los niños, ofrecian á Dios sus votos y oraciones, pidiendo la vida y salud de un Prelado, cuya proteccion habian experimentado millares de veces en toda clase de circunstancias. Fuera de las rogaciones que se hacian diariamente en la Iglesia Catedral, veianse los mas dias celebrar Misas de rogacion en diversos templos, unas veces con solemnidad, otras sin ella, espensadas en sus limosnas ó gastos, unas por los particulares, otras por corporaciones, ó por algun número de personas que se reunian al efecto, y las mas veces sin costo ninguno, porque todo dependia de las personas que intervenian. A veces la sola circunstancia de conservarse aun tan respetable y eminente Prelado durante algunos dias, hacia renacer las esperanzas de un verdadero alivio, y estas esperanzas reanimadas daban un incremento siempre progresivo á los nobles y tiernos impulsos de la piedad conmovida. Cada uno miraba como el primero y mas dulce de sus deberes clamar á Dios por la salud de su Obispo: los fieles prevenian los desos de las autoridades eclesiásticas; y es-

tas procuraban ántes moderar que persuadir tan fervorosas y santas austeridades. ¡Tal era la disposicion de los fieles en favor de su insigne Pastor, y tales las súplicas que se hacian á Dios continuamente para que le conservase la vida!

Entretanto la gravedad, que progresaba incesantemente, sin embargo de algunos alivios fugitivos, que mas parecian treguas concedidas por Dios á la flaqueza humana, retiró de todos nosotros hasta la última esperanza, presentándole á nuestros ojos con todos los caracteres de un moribundo. Administrósele pues la sagrada Extrema-Union por el Presbítero D. Mariano Amescua, su confesor y capellan de mayor confianza: se le aplicaron en seguida la indulgencia del Sr. Benedicto XIV, así como tambien las de todos los órdenes regulares establecidos en esta ciudad, hasta que por fin el *dia 4 de Abril de 1850*, despues de una breve agonía mui pacífica, y asistido de sacerdotes seculares y regulares, que en mui considerable número se habian quedado aquella noche en el Palacio, *falleció S. S. ILLMA., á la una y cincuenta minutos de la mañana*, á los sesenta y seis años, ocho meses y veinte y siete dias de su edad, y á los diez y nueve de su ilustre, grande y respetabilísimo pontificado.

Singular fué la sensacion que esta muerte causó en el ánimo de todos los circunstantes: porque á pesar del sentimiento profundo que debia producir en la naturaleza el fallecimiento de un Obispo tan amado, y con quien nos habian unido á cuantos ahí estábamos los vínculos mas estrechos, las mas gratas conexiones, pareció prevalecer sobre el dolor un sobrecogimiento de respeto, de admiracion y de piedad que parecia el homenaje irresistible que atrae la muerte del justo, y las primeras flores que la religion coloca